

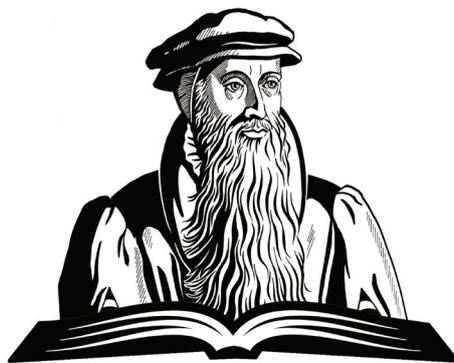
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

El Nuevo Testamento

Sr. Marinus Slingerland
En 42 lecciones

Lección #39

El tercer viaje misionero de Pablo



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»
Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2020 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Sr. Marinus Slingerland es profesor de primer año de secundaria en el Colegio Cristiano Calvino [*Calvin Christian School*] en Lethbridge, Alberta, Canadá.



El Nuevo Testamento

en 42 lecciones

por el Sr. Marinus Slingerland

1. El contexto del ministerio de Cristo
2. El nacimiento de Juan el Bautista
3. El nacimiento de Jesucristo
4. Los primeros años de Jesús
5. Una voz que clama en el desierto
6. Jesús manifestado como el Hijo de Dios
7. Jesús se revela a sí mismo
8. La necesidad de pasar por a Samaria
9. Los apóstoles siguen a Jesús
10. El sermón del monte
11. Poder sobre la enfermedad y la muerte
12. Parábolas y milagros
13. Jesús reina sobre el diablo y la muerte
14. Turbado por el poder de Jesús y la alimentación de los cinco mil
15. Verdaderamente es el Hijo de Dios
16. La sanación del ciego y el Buen Pastor
17. Las parábolas del buen samaritano, el rico insensato, y la gran cena
18. Más parábolas
19. Lázaro es resucitado y Jesús recibe a los niños
20. El joven rico, el ciego Bartimeo y Zaqueo
21. María unge a Jesús y la entrada triunfal a Jerusalén
22. La última enseñanza de Jesús
23. Las señales de los tiempos y las vírgenes prudentes e insensatas
24. La última cena y el Getsemaní
25. Jesús ante el Concilio y la negación de Pedro
26. Jesús ante Pilato
27. La crucifixión y sepultura de Jesús
28. La resurrección de Jesús
29. Las primeras apariciones de Jesús
30. Pedro es restaurado, la gran comisión y la ascensión de Cristo
31. Los discípulos y el Pentecostés
32. El crecimiento y la persecución de la iglesia primitiva
33. La persecución a los primeros cristianos
34. La iglesia cristiana dispersada
35. Entre los gentiles
36. Perseguidos por Herodes
37. El primer viaje misionero de Pablo
38. El segundo viaje misionero de Pablo
- 39. El tercer viaje misionero de Pablo**
40. Pablo en Jerusalén
41. Pablo ante Félix, Festo y Agripa
42. El viaje de Pablo a Roma

Lección #39

El tercer viaje misionero de Pablo

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN #39

En la lección número 39 de nuestro estudio bíblico sobre la vida y obra de Cristo, queremos enfocarnos en el tercer viaje misionero de Pablo. De nuevo, veremos esto en tres partes. Primero, Pablo en Éfeso, como podrás encontrar en Hechos 18:23-19:20. Segundo, Diana de los efesios, como podemos encontrar en Hechos 19:21-41. Y, tercero, Pablo va a Jerusalén, como vemos en Hechos 20.

Primero, Pablo en Éfeso, en Hechos 18:23-19:20. Pablo se había decidido a emprender un tercer viaje misionero, así que, dejando Antioquía de Siria, viajó recorriendo varias iglesias, las que había visitado en su primer y segundo viajes misioneros. Así sigue su camino, y se dirige a Éfeso, donde en su segundo viaje misionero les había prometido que regresaría y los visitaría.

Sucedió que, cuando Pablo se había ido de Éfeso, cierto judío llamado Apolos, que era poderoso en las Escrituras, también había venido a Éfeso, y había estado enseñando a los hermanos, y reuniéndose con ellos. Pero, aunque era poderoso en las Escrituras, solo estaba enseñando el bautismo de Juan. De manera que, cuando Pablo llega a Éfeso, y les pregunta a los que se reunían, a los discípulos, si habían recibido el Espíritu Santo, ellos respondieron: «No sabemos nada del Espíritu Santo. Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Solo hemos sido bautizados en el bautismo de Juan».

Entonces, Pablo comienza a enseñarles el evangelio, tal como es, según el Señor Jesucristo, sobre Su sufrimiento, Su muerte, así como Su resurrección y Su glorificación. Y estos discípulos ahora quieren ser bautizados en el nombre de Jesús. Pablo les impone las manos, los bendice, y ellos reciben el Espíritu Santo. ¡El Espíritu

Santo es derramado también sobre ellos! Vimos que esto mismo pasó en Pentecostés, y también pasó en la casa de Cornelio. Y ahora aquí, nuevamente, lo vemos entre los efesios. ¡Dios está respaldando Su obra y bendiciéndola!

Entonces, Pablo sigue predicando a los judíos, disputando con ellos sobre el evangelio por espacio de tres meses. Pero los judíos endurecieron sus corazones; no quieren creer. Por lo que, ahora Pablo se vuelve a los gentiles. Y allí, pasa dos años en Éfeso, enseñando a los gentiles el camino de gracia y salvación, realizando allí también muchos milagros, sanando a los enfermos, y echando fuera a los espíritus malos.

Ahora bien, estaban allí los siete hijos de Esceva, un judío que vivía en Éfeso. Cuando estos vieron lo que Pablo hacía, pensaron: «¡Oye! A nosotros nos gustaría intentarlo también». Así que, fueron en busca de un hombre endemoniado. Cuando lo hallaron, le dijeron: «Os conjuramos por Jesús, el que Pablo predica». Pero el espíritu malo que estaba en el hombre, se gira y les dice: «A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; más vosotros, ¿quiénes sois?». Entonces, el hombre que tenía el espíritu malo, se abalanzó sobre ellos y los atacó, y lo hizo de tal manera que estos hombres tuvieron que huir, desnudos y heridos.

Cuando los de Éfeso se enteraron de esto, temor cayó sobre todos ellos, y muchos creyeron en el nombre de Jesucristo. Su nombre fue magnificado. Muchos de los que habían creído trajeron sus libros —libros de artes oscuras, libros supersticiosos— y los apilaron todos, y los quemaron. Posteriormente, cuando calcularon el valor de estos libros, la suma era como unas cincuenta mil piezas de plata. ¡Vaya que fue un fruto digno de arrepentimiento el haberse deshecho de esos libros paganos, quemándolos en el fuego! Y la Palabra de Dios prevalecía y se difundía; no sólo en Éfeso, sino también por toda Europa.

Ahora bien, mi pregunta para cerrar esta parte es: ¿cuántos de nosotros seríamos capaces de quemar nuestros libros o videojuegos mundanos? No, no me refiero a dárselos a otros, porque los envenenarían, sino a destruirlos del todo, porque son de Satanás. Si realmente nos hemos vuelto al Señor de corazón, no desearémos más esos libros o videojuegos.

Esto nos lleva a la segunda parte de nuestra lección, Diana de los efesios, en Hechos 19:21-41. Debido que la Palabra de Dios se estaba difundiendo por Éfeso y

toda Asia, vemos que los creyentes dejaron de comprar los templecillos e imágenes de Diana de los efesios, la diosa de los efesios. Por lo que, los artífices que hacían estos templecillos e imágenes comenzaron a preocuparse.

Entonces, vemos a Demetrio, uno de los plateros que vivía de fabricar esas esculturas, que convocó a otros obreros de su oficio, diciéndoles: «Sabéis que de este oficio, de la fabricación de esculturas, obtenemos nuestra ganancia. De esto vivimos, con esto nos ganamos la vida. Pero, ahora ved, que en Éfeso y en toda Asia, Pablo ha apartado a la gente de la diosa Diana, de manera que ellos dejarán de comprar nuestras imágenes y esculturas, porque Pablo les está enseñando que no son dioses los que se hacen con las manos».

Entonces, añadió: «Nuestro sustento está en peligro. Nuestro oficio caerá en descrédito. Incluso, el templo de Diana será despreciado, porque los discípulos de Pablo no acudirán más al templo de la diosa Diana». Dicho esto, los obreros, los plateros, se llenaron de ira, y comenzaron a gritar: «¡Grande es Diana de los efesios!». Y, como todos gritaban, la ciudad entera se llenó de confusión, y comenzaron a gritar todos a una: «¡Grande es Diana de los efesios!».

Cuando Pablo oye el tumulto, quiere ir y tratar de razonar con el pueblo. Pero, los discípulos le dicen: «No, Pablo, es muy peligroso. Debemos mantenernos alejados de allí». Entonces, interviene el escribano y apacigua a la multitud, y comienza a reprenderlos y acusarlos, diciendo: «Varones efesios, todos conocemos que la diosa Diana es grande, y que todos la adoramos. ¿Por qué hacéis este disparate? ¿Por qué razón estáis haciendo todo este alboroto? Pues estamos en peligro de ser acusados por sedición por los romanos, y no tendremos excusa que valga». Y añadió: «Si Demetrio y los artífices tienen algún pleito, o cualquier otra cosa, llevarlo a los procónsules. Los procónsules harán la audiencia, y podrán fin al asunto legítimamente». Y acabando de hablar, despidió a la multitud.

Así pues, Pablo deja Éfeso, como veremos en la tercera parte, donde acompañaremos a Pablo de camino a Jerusalén, tal como está en Hechos 20. Después de este tumulto, Pablo decide visitar más iglesias y regresa de camino a Jerusalén. En su corazón tiene el deseo de ir a Jerusalén, y algún día también a Roma. Cuando Pablo llega a Troas, se encuentra a los cristianos reunidos el primer día de la semana. Nótese aquí el día del Señor. Ya desde entonces ellos tenían la costumbre de congregarse en el primer día de la semana, para la predicación de la Palabra, el partimiento del pan, o, lo que nosotros llamaríamos, la Cena del Señor.

Y llevaron a Pablo a un aposento alto donde estaban todos reunidos, y allí, Pablo les predica. Ahora bien, Pablo disertó largamente; se nos dice que predicó hasta la medianoche, pues él sabía que esta era la última vez que los visitaría.

Y entre los presentes de aquel aposento alto hay un joven llamado Eutico, que está sentado en una ventana escuchando a Pablo. Pero, de repente, le venció el sueño, y, quedándose dormido, se cayó por la ventana, que estaba en un tercer piso. De manera que, cuando lo levantaron, todos pensaron que había muerto. Pero Pablo descendió, se echó sobre él, abrazándolo, y entonces, Pablo dijo: «Está bien, está vivo. No os alarméis». Después, a la mañana siguiente, el apóstol dejó Troas, rumbo a Jerusalén, para ver si podía llegar antes del Pentecostés.

Pero Pablo sigue deseando reencontrarse con los ancianos de Éfeso, así que los llama para que vengan a donde él estaba. Y estando reunidos, les recuerda a los ancianos toda la obra que él había hecho esos tres años en Éfeso. Cómo no había rehuido a nadie, y cómo les había entregado fielmente el evangelio de Jesucristo. Y también les dice que se dirige a Jerusalén, pero con un peso en el alma, porque no sabe lo que ha de acontecer. Lo único que sabe es que ellos no verán más su rostro. Está seguro que prisiones y tribulaciones le esperan en Jerusalén.

Pero, les dice: «Estoy dispuesto a terminar con gozo mi carrera de servir a mi Dios, a mi Rey, a mi Maestro». Sin embargo, también les advierte, diciendo: «Mirad por vosotros y por la iglesia de Dios, de apacentar el rebaño de Dios, de enseñarles. Porque yo sé esto, que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño. Vendrán falsos maestros y falsos profetas, y traerán falsas doctrinas buscando arruinar lo que ha sido edificado, y así llevarse a los discípulos».

Entonces, los encomienda a la gracia de Dios, y puesto de rodillas junto a ellos, ora una vez más, que el Señor vele por ellos, y que el Señor siga edificando a Su iglesia. Entonces, los discípulos de Éfeso, los ancianos de Éfeso, lloraron, porque habían oído estas palabras de Pablo, que no verían más su rostro. Y así, Pablo sigue su camino rumbo a Jerusalén.

Acabaremos, pues, esta lección con una advertencia, con una instrucción. Siempre debemos usar las Escrituras para demostrar que Jesús es el Cristo. Vemos que esto Pablo aplicó esto en su ministerio en todo lugar a donde fue, que explicó

Lección #39: El tercer viaje misionero de Pablo

las Escrituras, y que Dios usó esas Escrituras, y las aplicó a las personas por el poder de Su Espíritu. Entonces, no debemos basar nuestra fe en nuestras propias experiencias o en las de otros, sino, más bien, siempre debemos recordar que Dios obra por Su Palabra y por Su Espíritu, para convertir a los pecadores y edificar a Su iglesia, de manera que Su Nombre sea glorificado. Gracias.